

El regreso de Jaime Torres Bodet

Fernando Curiel

Uno

En más o menos reciente *Inventario*, José Emilio Pacheco consigna "la era del destape de la historiografía literaria mexicana" (*Proceso* núm. 818, 6 de julio de 1992). A Luis Mario Schneider corresponde, convendrá Pacheco, un doble papel protagonista: precursor y adelantado; alto mérito que, además, no se ve lastrado ni por la autocompasión ni por la autopublicidad. Consuelo y elogio propios inexplicables en otras latitudes, pero explicable en un medio como el nuestro donde el sobrio y cotidiano y plural examen del pasado, que es decir de lo por venir, importa —de importar— un bledo.

Dos

Claro ejemplo de la constancia pionera y vanguardista de LMS es su recopilación de, y prólogo a, *El juglar y la domadora*, relatos (nueve) desconocidos de Jaime Torres Bodet (1992, 153 págs.). Título inaugural, como señala Rebeca Díaz Barriga, de la serie "Literatura Mexicana" de la Cátedra Torres Bodet del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios del Colegio de México. No se anega, pues, antes se vivifica, la tradición de *Escritores mexicanos* (Porrúa), *La* —en su época ruidosa— *Matraca* (Premiá/INBA), *Lecturas mexicanas* (SEP, luego CONACULTA), *La crítica literaria en México* (UNAM/UAC), etcétera, etcétera. Aunque deplórase el limbo en el que ha caído la edición facsimilar, en los ochenta todavía enjundiosa, de nuestras revistas literarias (modernas o no).

Tres

No pretendo ni por pienso suplir el (re)descubrimiento, por parte del curioso lector, de este Torres Bodet; difunto en vías de reincarnación en la corriente mejor de la literatura patria, tan urgida hoy de figuras fraguadas



Jaime Torres Bodet

en el yunque (la obra) y no en tal o cual cabildeo, impreso de coyuntura o sobremesa generacional. Únicamente subrayo:

a) la elegancia torresbodetiana del tomito, presidido por "La dama del abrigo" del antimaderista Chango García Cabral (cuya recuperación asumió, en los setenta, en carpetas hoy por hoy disputadísimas, su hijo, mi amigo Ernesto).

b) el ejemplo de erudición, malicia y brevedad que despliega el recopilador en el prólogo (veo, en la teoría de los cuatro puntos cardinales de la literatura mexicana, allá por los veinte, una mina).

c) el *corpus* relativístico, prueba inequívoca de proposiciones tales como ésta: "no sería aventurado afirmar que Jaime Torres Bodet es el primer escritor mexicano que se introduce en la teoría del Realismo mágico" (p. 23); o esta otra: "escritor puntual y puntal de la literatura contemporánea y experimental del México" (p. 25). Etcétera. Torres Bodet: "contemporáneo" y *contemporáneo*.

Cuatro

Sin embargo, no puedo dejar de señalar que me impresionaron particularmente, por

postmodernísimos, de los nueve, tres: "Comprobando Toledo" (1929, pp. 49-56); "Invitación al viaje" (1929, pp. 59-70); y "El juglar y la domadora" (1930, pp. 73-83), relato que da título al libro. Quizá porque esos días leía yo, al mismo tiempo, a Manganelli, a Tabucchi, a/

Cinco

Durante el proceso de la lectura, señalo asimismo, me fue imposible inhibir, de un lado, la anotación de aforismos o sentencias, riquísimo filón torresbodetiano; y, de otro, la búsqueda morbosa de trazos y trozos sospechosamente autobiográficos (la estatua, el personaje, el enigma Torres Bodet, han terminado por fascinarme). Con carácter por supuesto conjetural, enlisto algunos trazos y trozos espigados no sólo en el obvio relato "Retrato de un estudiante" (pp. 39-46) y en el hiperobvio relato "Interior" (pp. 131-139) sino en la totalidad de la recopilación schneideriana.

◆

No fui a la oficina. A los veinte años se pone cierta dignidad en no cumplir con su deber. A los cincuenta se pone cierta indignidad en cumplirlo.

◆

Orgulloso de su inteligencia, de sus zapatos de charol y de los mapas que, para los exámenes de Geografía, su tía le ayudaba a dibujar sobre grandes trozos de pergamino, manejaba a sus compañeros como a un pueblo de súbditos.

◆

Con el desencanto, había adquirido la experiencia —esa terrible enemiga del entusiasmo—, lo que había ganado su espíritu crítico, lo había perdido su fe.

Fray Servando en Belchite y Alcañiz (1809)

Manuel Ortuño

Tan delicado y tan correcto que parecía siempre, por cortesía, haberse colocado a la derecha de sí mismo.

Me gusta, entre las cosas que amo, descubrir siempre una sucesión apacible: pero clara. Si hubiese nacido mujer, hubiera querido seguir en los bordados, de una orilla a otra de la tela, la dirección de cada hilo, la voluntad de cada color.

Le faltaba esa delicadeza femenina del tacto, que permite apreciar ante todo, en una obra, las dificultades vencidas y, en una flor o un paisaje —aparentemente serenos—, el gusano, el relámpago que los roen.

Hacia el altar del desenlace infeliz —hacia el altar de las prósperas bodas.

Triunfaba en cambio en esos deportes que sólo exigen la participación de una mano exacta —el tenis, la poesía— y descollaba en esos concursos para los que únicamente los órganos individuales se adiestran, el pesimismo, el silencio, la bibliomanía, el amor.

Tenía —no lo negaba— un alma tímida y tornadiza. Un alma de desertor.

Etcétera

Ecos, sí, lector atento, del otro gran difunto admirable. Carlos Díaz Dufoo Jr.

Seis

Edición fuera de serie, sorpresiva, ésta de un Torres Bodet narrador relegado (a la que debería de seguir otra, de poesía, no necesariamente inédita o desconocida, éditada pero seleccionada). Fuera de serie, sorpresiva, sí. De otra parte *dictum* para quienes hemos probado, guiados por nuestros maestros, Luis Mario Schneider uno de ellos, la poma de la historia literaria mexicana. Hablé ya de constancia, de conocimiento, de adivinación. Añado: naturalidad ante el público (nada de sobreactuaciones); y desprendimiento ante el vasto material (nada de Certificados de Inefectabilidad Académica).

Se conocen las andanzas de Fray Servando por Cataluña y Aragón, desde finales de 1808 hasta los primeros meses de 1811, por una referencia somera en sus Memorias, en las que cuenta su actuación como cura castrense del batallón de infantería ligera de Voluntarios de Valencia, las distinciones y recomendaciones de que fue objeto, en especial la del general Blake a la Junta Central, para una canonjía o dignidad de la catedral de México, "lo que no tuvo lugar por haberse disuelto la Junta".

Se trata de una época sobre la que hay escasas referencias en la historiografía de Mier. De ahí la gran importancia que tiene la conferencia de Juan Pablo García Álvarez al incorporarse como miembro activo a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, publicada posteriormente, en la que se recogen algunos documentos y la que considera como "hoja de servicios" militares de Fray Servando, a lo largo de las acciones de la guerra de Independencia española en las que participó.

Alertado por estos documentos y tras la lectura de las décimas "Vivas de Alcañiz", dedicadas a Fernando VII y al general Blake, he estado realizando algunas investigaciones que me han llevado a la constatación de un hecho perfectamente comprobado y definitivo. Lo he recogido en un pequeño ensayo histórico titulado "El encuentro de Mina y Fray Servando en Alcañiz y Belchite" que se publicará pronto en España. En ese ensayo recojo por extenso la aventura paralela de Fray Servando y Francisco Xavier Mina, entre 1808 y 1810.

Fray Servando parte de Lisboa, donde se había incorporado en condición de capellán o cura castrense al batallón de Voluntarios de Valencia, embarcándose el 1 de octubre de 1808 rumbo a Tarragona, a donde llegaría el 25 del mismo mes. Participó en la defensa de Gerona, en las batallas de Ampurias y Figueras y en otras acciones, incorporándose en febrero de 1809 al cuerpo de ejército del general Lazán, que preparaba el socorro de la ciudad de Zaragoza. Tras permanecer unos meses en Rosell, conteniendo a los franceses que pretendían alcanzar Morella, volvió en mayo a tierras de Aragón a las órdenes del general Blake para

tomar parte en todas las batallas de esta campaña. En este punto se sitúa su encuentro con Mina, ayudante predilecto del general Aréizaga, a cuyas órdenes directas estuvo Fray Servando durante varias semanas.

Mina, por su parte, tras una temporada de estudios en Zaragoza, se encontró con Aréizaga en Goizueta y juntos planearon participar en la guerra contra el invasor, levantando partidas y organizando campañas de resistencia, en apoyo exterior a la defensa de Zaragoza. Incorporado Aréizaga al ejército de Blake, mandó una columna en la batalla de Alcañiz y una división en Belchite, en la que estaba integrado el batallón de Voluntarios de Valencia, con Fray Servando de capellán.

La batalla de Alcañiz tuvo lugar el 23 de mayo de 1809 y en ella el batallón de Fray Servando tuvo una actuación muy destacada, que recogió el general Blake en su parte de guerra. Por tres veces cita a los Voluntarios de Valencia en la descripción de la batalla. Entre los documentos que recoge García Álvarez hay una carta de Fray Servando a don Agustín Pomposo, fechada el 12 de noviembre de 1809, en la que le cuenta minuciosamente su participación en todas las acciones y el arranque romántico y poético que le llevó a escribir "los vivos poéticos" que se transcriben más adelante: "al fin me desembaracé y bajo las balas y granadas, que todavía cruzaban, me interné en el campo para auxiliar a los nuestros moribundos y entre montones de cadáveres. Luego subí a la batería y sobre el cañón de la victoria, que todavía disparó veinte granadas, prorrumpí en esos vivos poéticos que van a lo último y aunque resonaron en todo el ejército, no tienen más mérito que el imprevisionamiento y circunstancias".

Blake no supo aprovechar el éxito alcanzado, dejó que los franceses se recuperaran y esperó hasta mediados de junio para intentar el asalto a Zaragoza. La derrota de María el día 15 fue estrepitosa, pero en esa batalla no intervino la división de Aréizaga, que se había quedado en Botorrita guardando las espaldas de Blake. En Belchite, tres días más tarde, se consumó el descalabro y Fray Servando con parte de su bata-